

El beato Chaminade y la virtud de la prudencia

El Catecismo de la Iglesia Católica define la virtud de la prudencia de la siguiente manera (nº1806): "La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. "El hombre cauto medita sus pasos" (Pr 14, 15). "Sed sensatos y sobrios para daros a la oración" (1 P 4, 7). La prudencia es la "regla recta de la acción", escribe santo Tomás (*Summa theologiae*, 2-2, q. 47, a. 2, sed contra), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada *auriga virtutum*: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar".

Si añadimos que: La *prudentia* está vinculada etimológicamente a *providentia*, en latín: cuando pensamos en una persona que "ve hacia delante", vemos inmediatamente a una persona responsable que no tiene miedo de avanzar, pero que se toma su tiempo, que sopesa las decisiones en retrospectiva, que consulta a Dios en la oración, que lee los signos de los tiempos a la luz del Espíritu Santo: Guillermo José Chaminade es ese hombre.

Desde muy joven, en el seminario-colegio de Mussidan, y tal vez incluso antes, el joven Guillermo José se formó en la práctica de la virtud. Su hermano mayor, Juan Bautista, antiguo jesuita, le acompañó y le enseñó a discernir. Su experiencia profesional en Mussidan como síndico le obliga a mantener los pies en el suelo, y una buena gestión es esencial para el futuro a largo plazo del establecimiento. Los viajes que realizó durante este periodo para profundizar en sus conocimientos de física y matemáticas le ayudaron a encontrar respuestas a las preguntas fundamentales que se planteaba y a ser, para sus alumnos, un hombre plenamente de su tiempo, abierto a las ideas de la Ilustración. Sin embargo, no todo es bueno, y él supo discernirlo y advertirlo a sus alumnos.

A causa de la Revolución y el cierre del seminario-colegio de Mussidan, Guillermo José llegó a Burdeos con una gran experiencia de vida virtuosa que le permitirá actuar prudentemente ante las personas que recurrían a sus servicios sacerdotales y lo bastante inteligente para escabullirse de las redes de sus perseguidores durante el Terror.

Nada más llegar a Burdeos inspiró confianza y algunas personas, como la señorita de Lamourous, lo tomaron como director espiritual. El padre Chaminade ya había practicado esta experiencia de "acompañamiento", como se le llama ahora, con los alumnos de Mussidan. Es consciente de que sin esta virtud de la prudencia que da una justa distancia de las personas siempre existe el riesgo de proyectarse en el otro, de hacer del otro "cosa de uno", al menos inconscientemente, y desgraciadamente conocemos el riesgo de abusos de diverso tipo. El acompañamiento es uno de los grandes ministerios de su vida. Muchas personas se guiaron por sus consejos: eminentes miembros de la Congregación Mariana, entre ellos el futuro padre Lalanne, Adela de Batz de Trenquelléon, sacerdotes... Reconocían en él a un hombre dotado de los dones de consejo y discernimiento de espíritus, guiado por la fe y el Espíritu Santo. Como escribió Lalanne: "*El señor Chaminade era uno de esos hombres en los que la sabiduría y la madurez preceden a los años y que parecen, desde el principio, haber nacido para iluminar y guiar a otros hombres*". O, como explicaba su sobrino nieto Fermín Delala: "*Estaba dotado por naturaleza de una bella fisonomía. Sus ojos rasgados eran agudos, finos y penetrantes. Su mirada intensa y aguda penetraba en los pensamientos de tu corazón juzgando a los hombres y su grado de probidad. Si hubiera aprendido esgrima habría superado a san Jorge*".

Esta confianza y discernimiento también fueron reconocidos por las autoridades eclesiásticas, quienes le confiaron en 1795 la reconciliación de los sacerdotes que habían jurado la Constitución Civil del Clero y luego, nombrado administrador de la diócesis de Bazas a su regreso del exilio en Zaragoza en 1800.



El postulador marianista, padre Enrique Torres, SM (segundo por la derecha),
junto con los postuladores antes de solicitar al papa san Juan Pablo II
la beatificación de sus respectivos siervos de Dios (Pío IX, Juan XXIII, Tommaso Reggio, P.
Chaminade y Don Marmion)

Ejerció la virtud de la prudencia en todas las fundaciones que emprendió o acompañó a fundar; ya se trate de la Congregación Mariana, que de La Misericordia de Burdeos, las Hijas de María en Agen y la Compañía de María. Chaminade se dejaba guiar por el Espíritu: escuchaba, discernía, se tomaba distancia del problema, se dejaba aconsejar y rezaba hasta ver todo con claridad: sólo entonces decidía a la luz de fe; entonces, avanzaba, sorteando los obstáculos hasta alcanzar la meta. Ya no era su plan, sino el plan de Dios. Algunos de sus colaboradores le reprocharon esta lentitud en la toma de decisiones y tomaron iniciativas que pusieron en peligro a la Compañía de María, como David Monier en la compra de Saint-Remy o del padre Lalanne en la de Layrac.

Aprovecha su experiencia para ayudar a quienes le piden consejo. Por ejemplo, dio esta directiva a don Domingo Clouzet, asistente general para asuntos temporales y responsable de las obras de Saint-Remy: "Deseo que sea prudente; la prudencia es casi la primera cualidad de un jefe principal; pero deseo que su prudencia emplee la antorcha de la fe para orientarse, al mismo tiempo que se sirve de las luces de la

razón. Los puntos de vista humanos, dice el Espíritu Santo, son tímidos e inciertos". (Carta del 26 de agosto de 1824).

El modelo en el que basa su gobierno es la Iglesia: "*Para todo lo que refiere a la organización y gobierno siempre he intentado acercarme lo más posible a la organización y gobierno de la Iglesia católica. Cuanto más nos separemos de ese plan habrá menos solidez y estabilidad en la Compañía*". (Carta a don Domingo Clouzet, 6 de noviembre de 1830).

El padre Chaminade se preocupó de dar a los miembros de sus Institutos constituciones sólidas para que crecieran en santidad y se apoyaran y practicaran las virtudes. Como dijo el Papa Francisco en una de sus catequesis: "*Dios no quiere que seamos sólo santos, sino santos inteligentes, porque sin prudencia es fácil equivocarse de camino*".

La calma y serenidad de Chaminade procedían de un sentido agudo y sobrenatural de la presencia de Dios, como se ve en esta carta que envió al padre Chevaux para hacerle comprender que, ciertamente, somos débiles."*¿No ve que estamos realmente en un orden sobrenatural, aunque parezca natural, y que precisamente porque en este orden sobrenatural todos nosotros somos impotentes e incapaces y por ello necesitamos que Jesucristo sea nuestra fuerza y nuestra luz? Debido a todas sus humillaciones y el reconocimiento de sus debilidades parece que usted cree que para cumplir altas funciones serían absolutamente necesarios los talentos naturales; esto sería verdad en el orden civil y administrativo; pero en el orden religioso, en el que recibimos una misión que es divina, todos sus razonamientos perderían su sentido y no honrarían al gran Maestro a quien servimos. Dios ha escogido a los débiles del mundo para confundir a los fuertes*" (*I Cor 1/28*)" (17 de junio de 1833).

Chaminade se guiaba tanto por criterios de fe como por las exigencias de su conciencia y la ley de la caridad, como lo demuestra su actuación durante las negociaciones con el señor Estebenet, en 1819, para la compra del primer colegio marianista, y el acuerdo económico con el señor Auguste Brougon-Perrière cuando éste abandonó la Compañía en 1833, mostrándose muy generoso y paciente con estos dos discípulos.

La situación económica de la Compañía de María en tiempos del padre Chaminade era más que difícil. El Fundador buscaba benefactores, pedía dinero prestado, que reembolsaba con el tiempo, y asumía deudas causadas por descuidos hasta tal punto

que algunos bordeleses pensaban que poseía una gran fortuna personal. He aquí lo que escribió el padre Chevaux sobre el texto del *laudo arbitral* de 1849: "Sabemos que el sr. Chaminade pasaba ciertos billetes de mano en mano en forma de préstamos, lo que le dio fama de gran capitalista. Los mismos billetes que pasan por varias manos pueden considerarse tantos billetes diferentes como personas hay. También hay que señalar que tenía la administración, o más bien en depósito de diversas sumas de dinero pertenecientes a varias personas que depositaron su confianza en él, sumas que fueron reembolsadas por la Compañía. Todo ello hacía pensar que disponía de un capital considerable. Era su prudencia la que daba confianza a quienes le prestaban su dinero". Pero ¿cómo vivía sin caer en la mundanidad y el miedo ante esas transacciones? He aquí lo que le dijo al padre Caillet, preocupado por las deudas acumuladas: "Parece usted preocupado, mi querido hijo, por las deudas que contraemos todos los días para multiplicar nuestros establecimientos o para sostener y extender los antiguos. Rece y rece con insistencia para que las desgracias que usted se imagina no ocurran, para que yo no me adelante nunca en el orden de la Providencia en las obras que creemos que están en sus planes. Pensaba yo esta mañana en este camino extraordinario que estamos siguiendo y estaba un poco asustado y desconcertado, cuando el pensamiento de Dios obraba así para aumentar nuestra confianza en él y hacernos vivir en total dependencia de su gracia; este pensamiento me ha consolado y fortalecido un poco. Lo que me asombra y me causa a veces alguna turbación es lo que dice san Pablo: "Nadie que haya entrado al servicio de Dios, se avergüenza de sí mismo en los asuntos del mundo, si desea agradar a quien lo alistó" (2 Tim 2,4). En mi puesto, y en este combate que tengo que sostener por Dios, precisamente tengo necesidad de entrar en negociaciones seculares. Esta obligación de meterme en *negotiis saecularibus*, ¿sería una prueba de que el combate no está en los planes de Dios? He ahí la dificultad. Hace muchos años que me la planteo. No encuentro un poco de paz interior más que teniendo cuidado de entrar en estas negociaciones, 1º sólo como consecuencia de asuntos que yo creo que Dios quiere; 2º, entrando en ellos lo menos posible; y 3º, sin dejar de elevarme a Dios, para que mi mente y mi corazón no estén realmente implicados en estas negociaciones. Si usted, mi querido hijo, tiene algo que añadir o algo mejor que decirme, no tema en hablar" (16 de junio de 1824).

Al final de su vida, su actitud hacia sus oponentes ha demostrado una sabiduría y prudencia reconocidas por los distintos árbitros en cuestiones financieras. También fue la prudencia la que le hizo llegar hasta el final (lo que pudo parecer terquedad a los ojos de algunos) porque no era su obra la que defendía, sino que era la obra que

Dios le había confiado, de la que era responsable y no debía ni descarriarse ni bastardearse.